

CAPÍTULO II

EL NEOLIBERALISMO

Como primer —todavía rudo—acercamiento al tema del neoliberalismo, a menudo presento a mis alumnos un desarrollo del liberalismo en tres etapas, que llamo “paleoliberalismo” (todavía dominado por el optimista principio del *laissez faire-laissez passer*, y una ciega confianza en la eficacia de la *invisible hand* que ya coordinará el beneficio social con los beneficios individuales);²² luego el “mesoliberalismo”, que amplía el papel del Estado hacia la lucha contra los monopolios, para que el nuevo dictador de la economía, el mercado, puede imponer su voluntad gradualmente, a través de una serie ininterrumpida de minicambios, por pequeños pasos, sin verse perturbado por megadecisiones dictadas por importantes conglomerados de poder económico. Además, se inicia la admisión gradual, en un país tras otro, del fenómeno de los sindicatos y las huelgas.

Y finalmente, sobre todo desde finales de la segunda guerra mundial, se hace manifiesto el “neoliberalismo”.

Éste, a causa de la larga convivencia de estas últimas generaciones con ideas socialistas, desde dentro del propio país o que nos hayan llegado del nivel dogmático supranacio-

²² Recordemos al francés Bastiat como típico exponente de esta agradable confianza en la noble y cómoda virtud estatal de abstenerse de toda intervención en los delicados mecanismos del mercado.

nal o desde varios ejemplos prácticos extranjeros (a menudo transformados por anteojos romantizantes), tiene un carácter más humanitario que las fases precedentes, y también se ha liberado de la antigua prepotencia cultural y religiosa occidental. Además, toma en serio su responsabilidad ecológica hacia futuras generaciones —una responsabilidad que tan frecuentemente estuvo ausente en la política liberal de antes, que resultaba del libre juego de las fuerzas del mercado y de las decisiones tomadas demasiado unilateralmente con fundamento en el criterio de “ganancia”, sin tomar en cuenta el daño causado al medio ambiente (muy diluido en cada caso individual, pero gigantesco en caso de totalizar tales efectos). Entre tanto, la creciente preocupación por el equilibrio ecológico de esta nave espacial que hospeda la vida nos hace sentir que, inclusive en aquellos casos en que el poder económico se encuentre distribuido en forma suficientemente igualitaria dentro del público, sería peligroso conceder siempre la última palabra al criterio del beneficio económico.

Este neoliberalismo, además, se niega a aislar lo económico de la ética y de otros aspectos de la vida comunal, y nos presenta una *civitas humana*²³ en que se busca un bienestar material del individuo que sea parte de una sensación de satisfacción general mucho más amplia, para la cual deben tomarse en cuenta varios factores psicológicos y sociológicos, además de los materiales.

El general deseo de que para una armoniosa satisfacción de los diversos aspectos del “biograma”²⁴ panhumano, nos

23 Wilhelm Röpke, arriba ya mencionado como uno de los pioneros del neoliberalismo, dio este título de *Civitas Humana* a uno de sus libros (Zurich, 2a. ed., 1946): los liberales no aíslan la economía de otras facetas de la vida, sino que buscan una sociedad que corresponda al “biograma” humano, para usar un momento la terminología explicada en la nota siguiente.

24 Este concepto, tomado de la biología, ha resultado útil en la discusión sociológica. Todo ser, desde su germen, tiene dentro de la estructura de su ADN un esquema de desarrollo, su biograma, y en el transcurso de su existencia cada acercamiento hacia la realización de este “plan” es motivo de satisfacción, y cada

fijemos también en la calidad de la vida del hogar, el contacto con la naturaleza, ciertas libertades fundamentales, como la de seguir las propias intuiciones religiosas, la ausencia del miedo a la arbitrariedad ajena o a formas de discriminación clasista o racial, o factores como un fácil acceso a las facilidades educativas (a menudo con el fin de otorgar a todos cierta “igualdad de punto de partida”) o a la cultura en general y a los servicios médicos que la comunidad pueda ofrecer en forma libre o a bajo costo (sin perjudicar por esto en forma excesiva a la satisfacción de otras necesidades sociales).²⁵

En el neoliberalismo, lo económico, lo estatal-institucional y la visión ético-social siempre se encuentran entrelazados en una relación de reciprocidad, de *feedback*.²⁶ El neoliberalismo no limita su atención al *homoeconomicus*, y reconoce que los individuos, además de ser trabajadores, organizadores, comerciantes, consumidores, inversionistas, etcétera, también son miembros de una familia, vecinos, personas con

obstáculo fuente de frustración. Véase una graciosa popularización de esta ideas en *The Imperial Animal*, de Lionel Tiger & Robin Fox, New York, Chicago, San Francisco, 1971, pp. 232 y ss.

²⁵ También a este respecto, se debe tratar de alcanzar una situación en que se igualen aproximadamente las satisfacciones marginales obtenidas en las diversas ramas del gasto público. No es deseable, por ejemplo, dedicar tantos recursos al servicio médico comunal que los servicios educativos se quedaren en un nivel rudimentario. A través de sus órganos representativos, que —se supone—transmiten un vago *consensus* comunal, la comunidad debe poder llegar a una distribución “equitativa” de los recursos fiscales entre las diversas ramas de la actividad pública, y también a una distribución que “la comunidad” considere aceptable, entre el gasto privado y el gasto público. Evidentemente, para que la realidad pueda acercarse a tal ideal, es necesario que no existan grandes diferencias entre pobres y ricos, y que pequeños grupos no dispongan de una técnica que permita tener una influencia pública desproporcionada a su importancia cuantitativa.

²⁶ Si es verdad que un neoliberalismo económico no puede existir sin su suplemento metaeconómico, en forma simétrica la práctica nos ha enseñado (lo que muchos teóricos ya habían previsto), que no es posible usar una economía colectivista, dirigida por una burocracia estatal, como *substratum* para un vida cultural y jurídica caracterizada por el humanismo y el respeto a los derechos fundamentales del individuo.

dudas metafísicas e intuiciones religiosas: seres de carne y hueso, que tienen la capacidad de indignarse ante la injusticia (inclusive, curiosamente, la que otros sufren), que desean que respetemos su modo de ser individual, sus emociones y preferencias, que sienten impulsos de solidaridad, que tienen preferencias estéticas, que para su autoestima necesitan cierto reconocimiento de sus méritos, que buscan un contacto cuando menos intermitente con la naturaleza y cierto equilibrio entre la soledad y la vida en compañía. En la organización neoliberal de la sociedad, todo esto debe ser tomado en cuenta —no sólo el esqueleto económico-político-jurídico.²⁷

A este neoliberalismo pertenece también una cierta desmasificación, descentralización, y para que ésta se vuelva posible y funcione, es necesario que frenemos el desmesurado aumento de la población (*pace* Juan Pablo II, con su *Splendor Veritatis*, tan incompatible con lo que el mundo en su totalidad más necesita: un control general de la natalidad a nivel popular). El grave problema poblacionista de estas últimas generaciones es un aspecto del neoliberalismo que todavía no se encontraba conectado con la problemática política que Burke ha analizado (Malthus fue el autor que sembró una inquietud general acerca de este tema, pero su famoso estudio sobre el *Principle of Population* es de 1798, un año después de la muerte de Burke).

Tampoco la dicotomía entre la economía del mercado y la economía dirigida burocráticamente —un tema central del neoliberalismo—, parece ocupar la atención de Burke; pero para muchas otras facetas es sorprendente hasta qué grado el espíritu del moderno neoliberalismo corresponde al pensamiento de nuestro autor. Sin embargo, muchos escritores posteriores, considerados “progresistas”, han tratado de ca-

²⁷ El economista neoliberal Wilhelm Röpke —que ha contribuido tanto al “milagro económico” de Alemania Occidental— nunca se cansó de recordarnos estas verdades a través de sus diversas obras.

EL NEOLIBERALISMO

27

llarlo cómodamente por el hecho de pegarle la etiqueta de “conservador” o inclusive “reaccionario”.

En el capítulo VIII buscaremos con más detalles las coincidencias y las discrepancias entre el ideario de Burke y la ideología del neoliberal en general.

Reconozco inmediatamente que puede parecer ocioso, tratar de pegar etiquetitas modernas a autores de siglos pasados, pero en este caso, tal esfuerzo nos ayuda para penetrar más en el ideario de Burke, y para ver más claramente el perfil de un importante “ismo” moderno, como es el neoliberalismo.